

*David
Ramón*

los juegos de isela

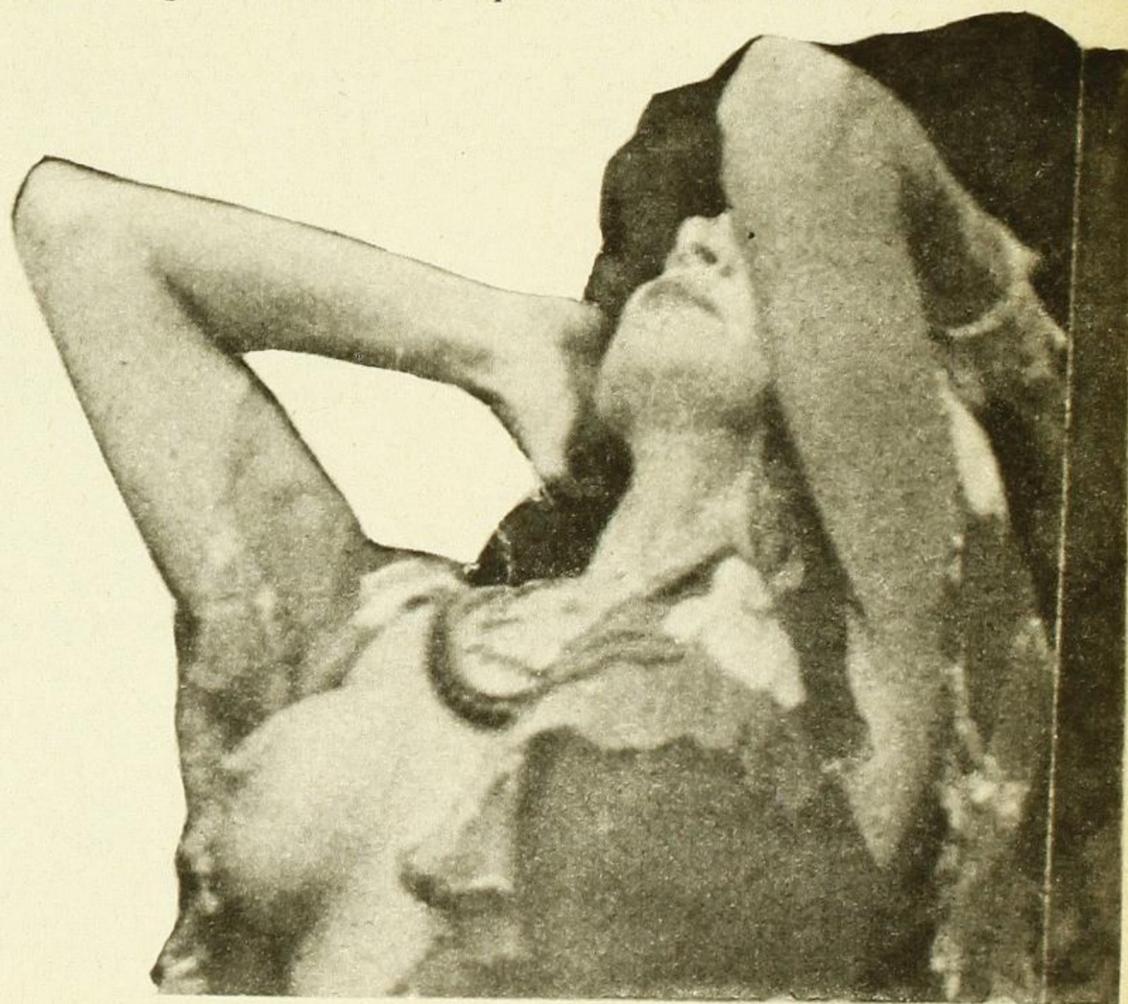
Isela Vega vino del norte y me platican mis amigos mayores que empezó su carrera como cantante en el bar de un hotel del centro, el Bamer. Eso fue allá a fines de los cincuentas o a principios de los sesentas; encantaba a una clientela sofisticada y no formada exclusivamente de machos mexicanos típicos (un maestro muy connotado de la Facultad de Filosofía y Letras dicen que gritaba entusiasmado al terminar Isela su actuación: "Esa sí es una real hembra", para después, me imagino, seguir con sus sesudos ensayos sobre el Barroco Español), gentes de otra sensibilidad, como mis amigos, aplaudían y gustaban de ella; era, dicen, muy simpática, dicharachera, bravía, norteña y con una no desagradable voz. Los finales de los sesentas y sobre todo los setentas la vieron incorporarse al nuevo cine industrial mexicano; Isela interpreta en él diversas películas, algunas de títulos por demás zoológicos, con un director obsesionado con los animales: **Las pirañas aman en cuaresma**, **La primavera de los escorpiones**, **El llanto de la tortuga** (en el título un falsísimo homenaje a Renoir). En ellas se interpretaba a sí misma o a lo que se supone que es y representa; una hembra muy a la Félix, con desinhibida vida sexual,

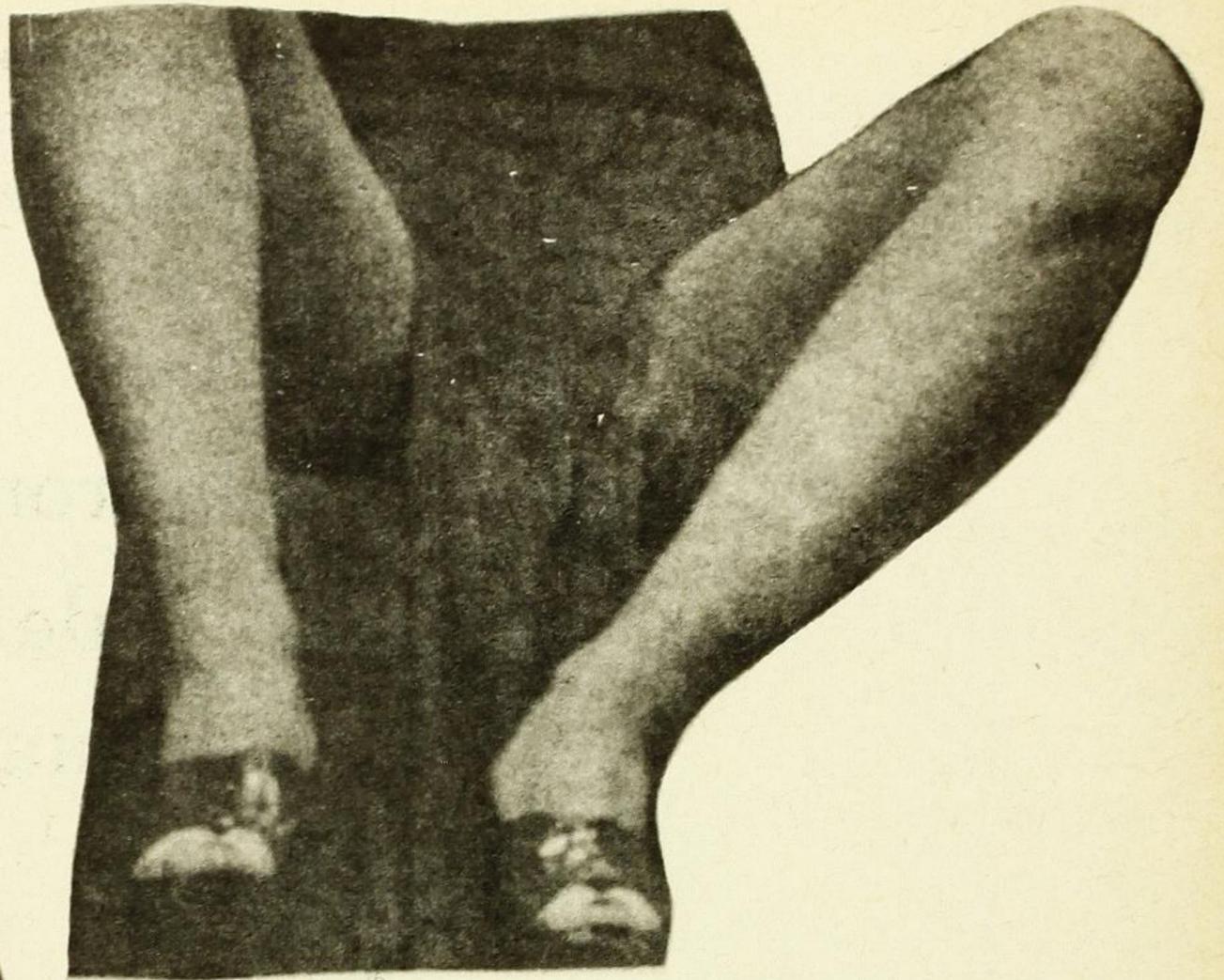
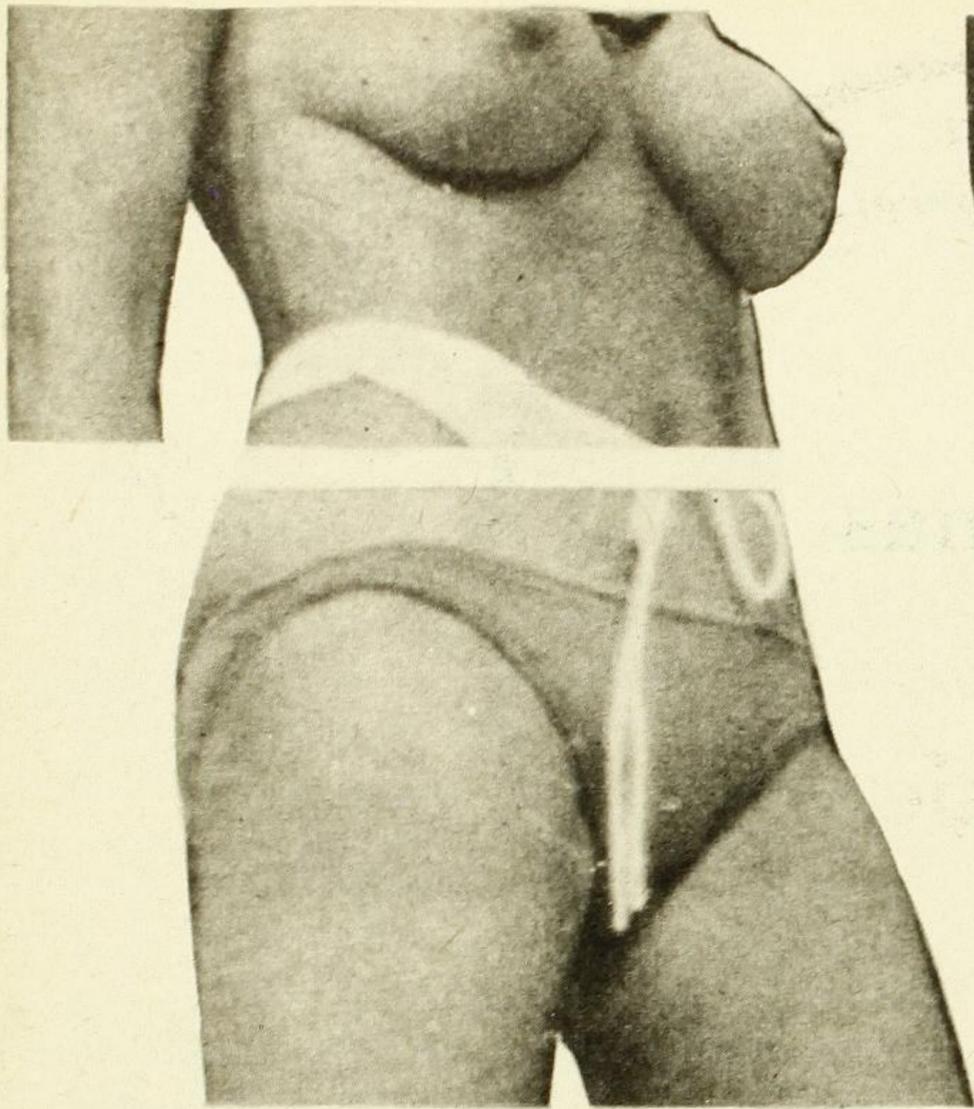
pero que más que nada es siempre objeto sexual y objeto del más fuerte sexismo; en ellas aparece lo más desnuda posible e incluso es siempre objeto de violaciones y deseos.

En el teatro anduvo también, entre los sesentas y los setentas, con su gurú Alejandro; causó sensación apareciendo totalmente desnuda en una obra que quería copiar el teatro del desnudo que ya florecía en otros parámetros culturales y que tenía otro sentido, verdaderamente liberador. En "Zaratustra" aparecían Isela y toda la compañía desnudas; se hablaba del espíritu y de San Juan de la Cruz, y de la liberación de la mente y el cuerpo, pero la inmensa mayoría iba sólo a ver a las actrices o a los actores desnudos, y el director ávido contaba todas las noches el muchísimo dinero que se acumulaba en taquilla y lo repartía en partes no muy iguales con toda su compañía, a pesar del Zen Budismo y del Pánico y del absurdo y del vegetarianismo. En una fiesta detuvieron al gurú y a sus discípulos en uno de los muchos abusos de autoridad que la policía ejerce siempre contra las minorías de cualquier tipo; ahí Isela insultó a la policía y los fotógrafos amarillistas y, naturalmente,



“Alarma”, hicieron su agosto con ella y la señalaban como “inmoral, mal hablada”, etc., pero ella siguió proporcionándoles material con una **boda hippie** en que se insistía en la desnudez; luego vino una gran oportunidad internacional en una mala película en que ella estaba muy bien, **Tráiganme la cabeza de Alfredo García** de Peckinpah, genio fascista de la violencia (la denominación no es mía). La crítica norteamericana aclamó su actuación y la declararon gran símbolo sexual de exportación; pero eso no le quitó que encasillaran a Isela como a tantas otras dentro del cine mexicano; cada vez que se trataba de que alguien se desnudara se llamaba a Isela (que mostraba ya, según dicen los que saben, un cuerpo operado), y al hacerse una coproducción en paquete con los trabajadores (una nueva modalidad de la producción cinematográfica mexicana, inventada el pasado sexenio) Isela fue llamada a hacer **La India**, de Rogelio A. González Jr., la película más demencial, oligofrénica, excesiva y morbosa del cine mexicano en que la Vega fue filmada en tres secuencias desnuda (algunas veces haciendo el amor, escenas en que la cámara ya no deja ningún rincón de intimidad cubierto), y que causó un río de oro en la taquilla, una retirada por pudibundez oficial, una recortadita, aunque ya de por sí lo estaba, y una vuelta a las carteleras en donde continúa su éxito económico. Como para finalizar, aprovechando todo ello, viene la





presentación de Isela en el D. F. en una carpa, con una obra (?) escrita especialmente para ella, quien ya había causado furor en la provincia, donde una vez incluso estuvieron a punto de violarla. Con **La India** en la cartelera del cine y **Juegos de Amor** en el teatro, es Isela Vega el fenómeno cultural de México; todo mundo habla de ella y de que hay que verla. Yo fui a verla. Ya dije lo que es **La India**; ahora diré lo que es Juegos de Amor.

Llamar esta obra de teatro sería broma; es una serie de sketches muy improvisados, en que se explota el fenómeno publicitario "Isela Vega", cínicamente, hasta la abyección, para hacer mucho dinero, y es sobre todo la exposición de un ser humano, ya no sólo en lo físico sino en su propia intimidad más recóndita, espiritual y sentimental, exhibición extrema de esto; y es la propia actriz haciendo aparentemente gustosa de ello y obteniendo por supuesto mucho dinero. Pero lo más curioso es que todo se hace con un supuesto grito de liberación, de agarrar la onda, no se hagan **mentales**, libérense, desnúdense, hagan el amor, etc. Unos trasnochados gritos de liberación en aquel teatro y de aquella época alejandrina. Hoy Isela Vega esgrime una especie de mala copia de teatro del desnudo, que floreció en el desarrollo de los

60's y que era un grito de liberación y de la belleza y fragilidad del cuerpo humano enfrentado a una sociedad fría y deshumanizada. Aquí Isela Vega es otra cosa, despierta ante todo el morbo, muy lejos de la liberación es, por el contrario, el caso más pavoroso del sexismo infligido a una mujer, de la cosificación de un ser humano concreto, es el nudismo traído a México, en donde es negocio por la enorme represión sexual del pueblo mexicano, y es sobre todo la contribución a hacer aún mayor el sexismo, paradójicamente ejercido por una mujer en un espectáculo que pretende lo contrario. Es Isela Vega un caso triste desde varios puntos de vista: el de un ser humano reducido a ser **freak** y a hacer de todas sus intimidades un espectáculo, reducido al peor sexismo y cosificación posible en un país que de por sí tiene ya mucho de esto. Es Isela Vega en **La India** y en **Juegos de Amor** un ser humano convencional, común y corriente, vulgar, que no sabe ejercer otra profesión que la más vieja del mundo, con un disfraz de liberación; y lo más absurdo es que ella se esfuerza en hacer esto, porque en realidad ella es, paradójicamente, una buena chica, sana, y anda metida a fuerza a ser imagen de la prostituta moderna que por una vez pretende ser lo contrario.